

La construcción social del espacio público en el barrio Santa Fe. Voces desde arriba y desde abajo

Mateo Pazos Cárdenas
Colombia

Comentarios previos

La realidad supera la ficción, viejo refrán que podría parecer un poco “clichesudo”, pero, por lo general, se cumple; tal vez por eso sea mejor escribir historias que realmente pasan, a inventarse ficciones basadas en preconceptos y suposiciones de “lo que es digno de ser escrito”, lo interesante.

El ejercicio de escritura etnográfica no puede escapar a la pre-fabricación y puesta en escena de un discurso específico, que se realiza sólo con el hecho de escribir un texto (o filmar un video, o tomar una foto o hacer una entrevista); en este caso, he abogado por construir una imagen más sensorial, más descriptiva –¿más real?– de la cotidianidad de este barrio y sus habitantes, de manera en que se pueda encontrar, en este discurso armado por el autor, una polifonía de voces y visiones que no caigan en los estereotipos y la predictibilidad de una historia infundada, una investigación inventada. El trabajo etnográfico en el barrio Santa Fe es un intento por mostrar un panorama descriptivo de cómo es este lugar de la ciudad, qué tipo de relaciones se tranzan entre las personas que viven aquí (o visitan recurrentemente el barrio) y el

espacio mismo (tanto en su disposición física como en su construcción socio-cultural), tratando de poner en cuestión (o al menos no dar por sentado) las ideas que se repiten en los imaginarios de las personas de Bogotá que no viven en este barrio y tratar de encontrar otras formas de relatar y construir la historia de este lugar.

El proyecto de investigación toma un enfoque, entonces, hacia la relación entre las personas y el espacio que habitan, la construcción social de los espacios en este barrio; siguiendo a Manuel Delgado, en su discusión sobre la práctica etnográfica en contextos urbanos, “el objetivo de la atención estudiosa no es en ningún caso las personas, sino las relaciones entre las personas” (Delgado, 2003: 24), por lo que se hace necesario plantearse preguntas que puedan dar cuenta de estas relaciones que no son explícitas en la mentalidad de las personas, pero sí se muestran en sus comportamientos y acciones cotidianas. De esta manera, las preguntas concretas que me hago frente a este tema y a este lugar son: ¿Cómo se movilizan las personas en el barrio Santa Fe? En términos más concretos, ¿Cómo se construye la espacialidad en el barrio Santa Fe? ¿Implica esta espacialidad (¿territorialidad?) una apropiación selectiva de espacios? ¿Hay lugares asignados a cierto tipo de personas? ¿Funciona esta “asignación” en términos económicos (lugares de trabajo-comercio) o más en términos de imaginarios-ideas sobre cierto tipo de espacios o cierto tipo de personas? ¿Cómo los diferentes grupos de personas (ancianos, niños, prostitutas, vendedores, indigentes, travestis) se apropian de espacios o los evitan o se entrecruzan en ellos?

En el ejercicio de delimitar el trabajo, no “etnografié” todo el barrio Santa Fe, sino el eje articulado alrededor de la calle 22 que sube al centro, entre carrera 17 y Avenida Caracas. Estas dos avenidas, tomadas como límites occidente-oriente, respectivamente, mientras que se toman como los límites norte-sur los que podrían ser, ambiciosamente, las calles 24 y 19. Esta delimitación espacial se hace pensando en la importancia de la calle 22 como vía de alto flujo de tráfico y alrededor de la cual se agrupan tránsito de vehículos, parques, recintos de grupos religiosos, viviendas residenciales privadas, inquilinatos, sitios de comida (tanto restaurantes y cafeterías como puestos ambulantes y comedores

comunitarios), prostíbulos, discotecas, ferreterías, talleres, bodegas, entre otro tipo de actividades comerciales.

Ante dificultades extraordinarias de formalización –mucho más que de categorización teórica–, el científico social debería entender la importancia y la urgencia de ensayar métodos de observación y anotación que fueran capaces de captar ese puro fluir, inventando unos, rescatando otros del olvido (Delgado, 2003: 20).

El fluir del cual habla el autor es el llamado “fluir de la vida social”, por lo que para este trabajo se propone una investigación que combine tanto la observación y la experiencia etnográfica “clásica”, para realizar varias entrevistas con diferentes personas que también viven en el barrio¹, una pequeña revisión bibliográfica y un dispositivo de análisis de tipo cartográfico/espacial, el cual pretende, en su proceso de construcción, hablar por sí mismo, busca evidenciar realidades del barrio que son pertinentes a mis preguntas de investigación, dispositivo del cual se profundizará más adelante. Esta propuesta metodológica está pensada para analizar el ejercicio cartográfico no como un “plano” (textualmente), sino como una superposición de realidades diversas, relieves, rutas, caminos y discontinuidades en el espacio. Se propone la idea de construir rutas posibles del barrio para realizar determinadas actividades –y también para no realizar/presenciar otras–: cómo se construyen espacios, trayectorias y recorridos principales y otros se califican –se viven– como oscuros, marginales, peligrosos.

Finalmente, para cerrar esta breve introducción, más cercana a algunas reflexiones operativas/metodológicas, me parece importante resaltar el contraste presente entre la sensorialidad propia del barrio para cualquier persona que viva o pase por el barrio y el gran problema a la hora de registrar visualmente lo que pasa en el barrio, la cotidianidad, los espacios,

1 Se realizaron cuatro entrevistas: una a Efraín (habitante del barrio hace año y medio), Sandra (habitante del barrio hace ocho años y dueña de un restaurante sobre la calle 22), Manuela (vecina mía y dueña de una panadería sobre la calle 22, habitante del barrio desde hace seis años) y Humberto (travesti, habitante del barrio hace más de cuarenta años y dueño de una peluquería sobre la calle 22).

las personas. La gente no quiere que su imagen, su figura aparezca en las cámaras, hay una suerte de clandestinidad implícita en las personas, y en los espacios que habitan –de los que se apropián–; es un espacio del anonimato. Delgado también reclama la importancia para la etnografía urbana del trabajo del cineasta soviético Dziga Vertov, la película “El hombre de la cámara” y su método del cine-ojo, que tenía como objetivo “el estudio científico-experimental del mundo visible”; “para Vertov, la obra cinematográfica se presentaba como el estudio acabado de un campo visual que es la vida, cuyo montaje es la vida y cuyos decorados y actores son la vida. Su instrumento: el ojo maquínico que busca “a tientas en el interior del caos de los acontecimientos visuales” (Delgado, 2003: 28). Lo que se obtiene, de entrada, es una acumulación en principio desordenada de datos empíricos en bruto, hechos silvestres que llaman la atención del observador entrenado y que este recoge al momento, con la misma excitación con que se producen. Luego los almacena cuidadosamente, a la espera de que él mismo o alguien –acaso generaciones después– llegue a dar algún día con las claves que pudieran hacerlos mínimamente inteligibles”. (Delgado, 2003: 30-31). Ante la imposibilidad de registrar con cámaras la puesta en escena de la realidad barrial, se aboga por el uso de las diferentes técnicas metodológicas mencionadas anteriormente (incluido el “ojo maquínico” del etnógrafo) para, en su conjunto, tratar de mostrar el entramado casi teatral que nos muestra la realidad del Santa Fe.

Breve reseña histórico-espacial y caracterización del barrio Santa Fe

La zona del barrio Santa Fe empezó a conformarse como parte del ensanchamiento occidental de la ciudad de Bogotá en el plan diseñado por el urbanista Karl Brunner en 1936. Ubicada entre la Estación de Ferrocarriles de La Sabana y el Cementerio Central, e iniciada su construcción en 1942 (Salcedo 2010). Desde este momento es importante resaltar el papel de la Estación (inaugurada en 1917) como foco generador de urbanización alrededor de este espacio: las industrias que necesitaban sacar sus mercancías hacia otros lugares lo hacían por medio del

ferrocarril, por lo que tenían sus sedes y bodegas cercanas a la Estación, espacios que luego (hasta la actualidad) pasarán a ser depósitos, bodegas y talleres; además también se construyeron varios hoteles y posadas en el barrio para los viajeros que venían de visita a la ciudad (dada la cercanía a la Estación por un lado y al centro de la ciudad, por otro).

Las diferentes causas y motivos de los cambios de población y de uso del espacio urbanístico del barrio están documentados en Salcedo (2010), entre los cuales se cuentan “El Bogotazo” (1948), hecho a partir del cual se consolidaría, según la tesis de este autor, un miedo al centro de la ciudad, como un lugar peligroso, caótico, violento, y consecuentemente con esto (y tras el aumento de la población capitalina) la expansión urbanística de la ciudad hacia el norte y la construcción del barrio Chapinero y el desplazamiento de las élites capitalinas hacia estos lugares, huyendo del centro (del Santa Fe, por ejemplo). En las décadas posteriores fueron oleadas de migrantes las que llegan a la ciudad desplazados por “la violencia”, situación que continúa hasta nuestros días; muchos se ubicaron en la zona del barrio, algunos ocupando las casas abandonadas (situación que será profundizada más adelante). De igual manera, también es importante resaltar la cercanía con el lugar donde llegaban las flotas intermunicipales (hasta 1984), la Plaza de Los Mártires, desde donde también se puede pensar este barrio como un lugar de paso, liminal, borroso, indefinido².

En el año 2001, en respuesta a una tutela de un ciudadano de la localidad de Barrios Unidos en contra de la creciente actividad de prostitución en su barrio, la alcaldía de Bogotá resuelve, en el Decreto 400 de

2 Aquí también podríamos aventurarnos a establecer algunas relaciones posibles entre lugares destinados al transporte y prostitución, otro elemento clave a la hora de analizar el espacio público y la cotidianidad del barrio Santa Fe, tema que será ampliado en el próximo apartado. Esta conexión la establezco pensando en la transitoriedad, pero también la soledad de los transportadores –y de los viajeros– y la liminalidad propia de las prostitutas. Sin embargo, este no es el tema de este escrito y habría que sustentar este argumento desde diferentes puntos, situación que no tendrá lugar en este texto, principalmente por falta de espacio, tiempo y conexión con el tema específico que se ha planteado desarrollar.

ese mismo año, legalizar la “Zona de Tolerancia” en el barrio Santa Fe. Esta acción de política pública se enmarca en el contexto histórico de las alcaldías de Mockus y Peñalosa, cuyos programas propendieron por la transformación de la imagen (principalmente la imagen, luego la realidad) de la ciudad, que hasta la década de los 90 era catalogada como la más peligrosa del país (junto a Medellín) y una de las más peligrosas del mundo (Salcedo, 2010). Esto generó una incidencia en el imaginario de los habitantes de la ciudad en la construcción del Santa Fe como un barrio “rojo”, “caliente”, siendo este imaginario legitimado precisamente por la política legisladora. “En las dinámicas sociales entre habitantes, trabajadores y usuarios, la violencia estructura interacciones mediadas por las imágenes que unos tienen de los otros. Estas ficciones sobre los demás adquieren un gran significado simbólico, tanto en las representaciones urbanas colectivas como en las políticas de adecuación y renovación urbana. Estas últimas se presentan como formas efectivas de recuperación del espacio haciendo desaparecer signos visibles de inseguridad e ilegalidad en zonas deprimidas cuando en realidad buscan revalorizar estos sectores y poner en marcha grandes proyectos urbanísticos”. (Salcedo, 2010: 126-127). Para el caso del barrio, vemos que la política pública concentra en una zona específica (el barrio Santa Fe) las actividades que no quiere que se realicen en otros espacios de la ciudad; esto, podemos relacionarlo, siguiendo un poco la línea de Foucault, con el tratamiento y control de cuerpos de ciudadanos y, finalmente, de grandes masas de población, a través de políticas públicas que configuran los espacios de las ciudades, y que les asignan características específicas y funciones particulares y que, de igual manera, terminan caracterizando a las personas que viven en estos lugares, legislando y legitimando imaginarios sobre estas personas y espacios (como nuestro barrio). Lo que no está permitido realizar en algunos barrios de Bogotá (digamos, por ejemplo, El Chicó), en el barrio Santa Fe, por decreto, debe ser “tolerado”.

Como ya se dijo anteriormente, el Santa Fe es un barrio de alto impacto para la sensorialidad. ¿Cómo suena el Santa Fe? ¿a qué huele? ¿cuáles son los colores del barrio? Propendiendo por crear una imagen más o menos real, vívida –no solo como parte del proceso racional de leer e interpretar sino también uno más sensorial– para el lector, se pretende

iniciar la contextualización del “presente etnográfico” del barrio a partir de una descripción de las imágenes recurrentes de la calle del barrio, sus sonidos, sus olores. Adicionalmente a esto, es la manera cómo se vive la experiencia de estar en las calles de este barrio: estos son sus sonidos, sus colores; es parte de la manera cómo el espacio público está concebido por los habitantes y transeúntes (en menor medida) del barrio.

El Santa Fe todo el día suena, y gran parte de la noche también. No es como los barrios del norte, por ejemplo, los cuales se promocionan como lugares donde se “respira tranquilidad”, hay ruido de buses y todo el tráfico que sube por la calle 22 (desviados de su ruta anterior, calle 26, por las eternas obras de Transmilenio) del occidente en dirección hacia el centro y el sur de la ciudad. Además de ello, los diferentes establecimientos comerciales, tanto de “diversión” (como prostíbulos, whiskerías) como locales de venta de productos y abarrotes (como carnicerías y cigarrerías), ponen música constantemente, tanto de día como de noche (hasta las tres de la mañana, generalmente); el reggaetón y el vallenato son los reyes de los aparatos reproductores y amplificadores de sonido que hay en múltiples negocios del barrio³. El Santa Fe suena también a la voz pregrabada del señor que vende diferentes productos, que van en un carro, movilizándose por diferentes partes de la ciudad; esta voz avanza lentamente a lo largo de la calle 22 anunciando diversos tipos de productos (bocadillo veleño, helados, patilla, piña “oromiel”, uva “americana”, entre otros, aunque uno por vez: un día es el bocadillo, otro la patilla, etc.), con truculentas y divertidas historias sobre las bondades y beneficios que se consiguen al consumir el producto anunciado; la gente, por lo general, compra estos productos, creo, en parte, debido a que sí son bastante económicos frente a precios de supermercados, por ejemplo⁴.

- 3 Para una idea de la música que se oye por las calles del barrio, ver las siguientes canciones: “Sé que quieres”, Plan B (reggaetón); “Cripy”, Yandar y Jostin (reggaetón); “Cuando te vayas”, Los Inquietos (vallenato). Estas son algunas de las canciones que más repetidamente sonaron durante el trabajo de campo en el barrio, a lo largo del semestre.
- 4 Solo por mencionar uno de los productos ofertados, venden un litro de helado en dos mil pesos.

En cuanto a los olores propios del barrio, constantemente por los andenes ronda el olor a marihuana, cuando pasa al lado de uno gente (hombres y mujeres, jóvenes y viejos) fumándose su “bareto” tranquilamente. Igualmente huele a comidas rápidas, a pollo broaster bien grasoso, a chorizo de “paila”, a humo de asador de carbón de los diferentes puestos ambulantes –arepas, chorizos, fritanga–; a veces un poco a orines o a mierda, tanto de perro como de humanos (algunos excrementos se ven en los andenes, no todos pareciesen del orden canino). Cerca al “corazón” de la Zona de Tolerancia (esto es entre calles 22 y 24 y entre la Avenida Caracas y la carrera 16, huele como a pachulí o también a desinfectante de pisos, a jabón de motel.

Finalmente, para esta caracterización del aspecto sensorial del barrio, las imágenes que más se repiten en la cotidianidad del Santa Fe son de hombres jóvenes con gorras y zapatos blancos, prostitutas y travestis caminando por entre las calles comprando medias de aguardiente en las tiendas o papel higiénico, borrachos dando tumbos, indigentes pidiendo en las panaderías y dormidos en los andenes en las noches, motos y patrullas de policías merodeando por las calles, haciendo requisas ocasionales o levantando a los indigentes que siguen dormidos cuando es de día. También es una imagen típica ver a gente (de todas las edades, desde niños hasta obreros y trabajadores de los talleres del barrio “rusos”) jugando futbol en los parques, tanto de día como de noche. Igualmente hay una enorme cantidad de niños que viven en el barrio y que caminan en pequeños grupos sin adultos o montando varios (dos, tres) en una misma cicla.

Aproximación etnográfica a la construcción del espacio público en el Santa Fe

La noción de espacio público que utilizaré en la elaboración de este trabajo es la definida por Manuel Delgado, en su artículo sobre el ejercicio etnográfico en contextos urbanos: “el espacio público es, de este modo, una estructura social u ordenación de personas institucionalmente controlada o definida y en la que cada cual tiene asignado un

papel o rol, por mucho que cada una de esas posiciones que cada cual ocupa se vea afectada por dosis de ambigüedad mucho mayores de las que podría experimentar en otro contexto”. (Delgado, 2003: 15). Esto, en la medida de dar importancia al entramado de relaciones sociales que, finalmente, condiciona y categoriza el actuar social del sujeto frente a los demás miembros que integran su grupo social.

Para empezar, podemos decir que la arquitectura del barrio no parece haber cambiado mucho desde hace varios años, las casas y edificios poco han sido remodelados desde sus construcciones originales, con algunas pequeñas excepciones que son evidentemente recientes, con un marcado estilo arquitectónico de finales de los 80 y 90 colombiano (una estética más bien “traqueta”, en palabras más coloquiales). La formas arquitectónicas más viejas del barrio plantean una idea de líneas curvas, no tan rectas y cuadradas como en otros espacios de la ciudad (como, por ejemplo, en el centro histórico); se mantiene la idea de la planeación y división del espacio urbano por medio de la cuadrícula (herencia colonial), pero las líneas, las terminaciones de los edificios y casas no son tan cortantes, por ejemplo, en las esquinas, en los interiores de los edificios, donde prima el movimiento, las formas ovoides, los patios interiores de lavado de ropa en los edificios que se pueden ver desde todas las ventanas de todos los apartamentos.⁵

El instrumento metodológico diseñado para analizar la construcción social del espacio público en el Santa Fe (foto 1), pretende dar cuenta de cómo se utiliza éste por parte de los habitantes del barrio. Más allá de un simple “dibujo” o plano de las manzanas y las calles que componen la zona del barrio que estoy analizando (lo cual podría ser fácilmente conseguido por internet o en planos de barrios de la ciudad), me planteo hacer un registro minucioso de cada una de las unidades arquitectónicas

5 Estas formas espaciales de construcción y diseño arquitectónico que evocan una especie de “comunitariedad”, pueden relacionarse con la herencia judía del mismo Brunner, y también, como se documenta en Salcedo (2010), que en los primeros años del barrio, muchos de estos edificios fueron ocupados por judíos prestantes y migrantes al país después de la Segunda Guerra Mundial.

de vivienda (pero también comercio o bodegas), ubicar una a una los tipos de uso del espacio que se dan dentro del barrio, manzana por manzana de la zona delimitada. Esto, principalmente con el fin de contrastar posteriormente con la observación, ya no de los espacios-estructuras arquitectónicas, sino del uso que las personas le dan a éstas mismas, qué tipos de personas se acercan a qué tipo de lugares del barrio, a qué calles, quiénes no se acercan, finalmente probar si hay o no un uso-apropiación de espacios diferenciado de acuerdo a las personas. La manera como lo estoy realizando, entonces, consiste en hacer el dibujo de las calles principales y las manzanas de la zona del barrio delimitada para el estudio. En cada cuadra establezco cuántas “unidades de vivienda” hay y si son edificios o casas o estructuras de almacenamiento (bodegas). También se registran (dibujados) las calles, los semáforos y las zonas de espacio público como los andes, los parques y las pocas zonas verdes-árboles que hay. Después, en un registro más minucioso, describo qué tipo de utilidad-función tiene cada unidad de vivienda: si es un edificio o una casa residencial, va dibujada con un color azul; si es un local-establecimiento comercial, va de color rojo; si es un lugar relacionado con alguna orden religiosa (iglesia, oficinas de la iglesia, espacios donde laboran fundaciones u organizaciones vinculadas a la orden religiosa) va de color verde; si es una bodega, va de color naranja; si es un puesto de comidas “ambulante” (aunque sería mejor “ubicado en la calle”), va señalado con una cruz amarilla. De igual manera, en los lugares de comercio y almacenamiento-bodega, se especifica qué tipo de actividad se realiza, para qué en concreto se utiliza el lugar (si almacena, si es para reciclaje o metales, si es una peluquería o una panadería o un prostíbulo).

El primer análisis superficial de la estructura presentada por el mapa muestra que los primeros pisos-plantas de la gran mayoría de edificaciones articuladas en el cuadrante formado por las calles 22 y 24 y la carrera 17 y la Avenida Caracas están ocupadas por locales comerciales, siendo en su mayoría restaurantes, cigarrerías/licoreras, tiendas de ropa y accesorios para mujer y negocios dedicados a la prostitución como whiskerías, prostíbulos y reservados (también se cuentan numerosos edificios convertidos en “reservados”/“residencias” o inquilinatos); el cuadrante formado por la Avenida Caracas y la carrera 17 y la calle 22 y

la Avenida 19 está ocupado en su mayoría por talleres de reparación de autos, fabricación de estructuras en aluminio o metálicas, negocios de plástico y sobre la 19 varios lugares de prostitución y rumba de travestis (también la carrera 15 entre calle 22 y avenida 19 es una cuadra poblada en su mayoría por negocios de este tipo). También se registran dos espacios religiosos en el barrio, uno por parte de la orden de los franciscanos y otro de una iglesia cristiana llamada “Rompiendo cadenas”, los cuales además de ofrecer sus ceremonias religiosas, tienen programas de asistencialismo social enfocados a ayudar a ancianos, niños, indigentes (población en condición más “vulnerable”) y están vinculados con la alcaldía a través del sistema de comedores comunitarios.

Es importante, a partir de esto, pensar en el espacio del andén como categoría de análisis. Esto porque, finalmente, es el principal lugar del espacio público compartido por muchas personas, tanto habitantes del barrio como personas que trabajan en él, y también transeúntes. Es el espacio, además, donde se ubican los múltiples vendedores ambulantes que hay en el barrio: tanto con puestos no tan ambulantes (las personas que venden comidas rápidas principalmente, que siempre están ubicadas en los mismos lugares de los andenes, en las mismas calles y tienen incluso carpas y parasoles para protegerse de la lluvia y que, al parecer, en su mayoría, viven en el barrio), como los que tienen los típicos carritos de vender dulces, paqueticos y cigarrillos que también se hacen en puestos fijos pero que trabajan también en otras partes de la ciudad (de estos la mayoría, al parecer, no vive en el barrio). De igual manera es el lugar donde se acumulan cantidades, en ocasiones, alarmantes de basura y bolsas llenas de basura; la limpieza y la higiene son conceptos que no parecen tener mucha relevancia para la gente del barrio (o al menos para la mayoría), pues, aunque el carro de la empresa que recoge la basura pasa lunes, miércoles y viernes, la basura se mantiene constantemente regada y acumulada al lado de postes, árboles o esquinas⁶.

6 También se ven imágenes como gente desde el cuarto piso de un edificio tirando las bolsas de basura por la ventana, probablemente por la pereza de bajar personalmente a dejarlas en el andén.

El andén también es el espacio donde se encuentran el elevado número de indigentes que viven, o se mantienen, en el barrio⁷; la interacción de estas personas, habitantes del espacio público (como ya se dijo anteriormente, muchos duermen en los andenes o en el parque de la calle 22 con carrera 17), con los espacios semi-privados del barrio (los locales de venta de servicios y productos) es ciertamente problemática, pues muchos de los clientes se incomodan ante la presencia de ellos, aunque hagan parte de la cotidianidad misma del barrio; de acuerdo a la entrevista con Manuela, dueña de una de las panaderías del sector, “hay muchos clientes que te dicen “mire, por favor, saque a ese señor; mire esa mala impresión, mire que huele feo, mire que me molesta”⁸.

En la entrevista de Sandra también se menciona que por donde ella vive (la zona ubicada entre calles 22 y 24 pero debajo de la carrera 17, más cerca a la parte trasera del Cementerio Central), hace más de dos años las calles están muy descuidadas, “son solo rocas”, hay muchas calles despavimentadas. Esta zona del barrio no está cubierta dentro de mi marco espacial de análisis (no está representada en el mapa de análisis), pero que también se hace importante a la hora de nuestra descripción/caracterización y análisis de la realidad del uso de los espacios públicos del barrio, en la medida en que evidencia la poca atención que se presta a determinados lugares por no ser zonas de actividad comercial ni vías de movilidad principales. El abandono, la invisibilización y el carácter

7 Ciertamente es un problema a la hora de reconocer a los indigentes del barrio –diferenciar personas específicas– en comparación a otras personas del barrio que uno identifica haberlas visto con frecuencia, anteriormente. ¿Es población flotante? ¿Viven en el barrio? Esto nos habla también de la invisibilización misma que viven estas personas, son seres borrosos que no queremos mirar por mucho tiempo, no queremos identificar, no son importantes en nuestra construcción de las imágenes de los lugares por los que pasamos, así probablemente sean las mismas personas siempre y estén cotidianamente rodeándonos, como en el caso del barrio.

8 También hay que mencionar que junto a los indigentes aparecen los recicladores, que mantienen una agitada actividad buscando entre las basuras de los andenes y los locales elementos para revender en alguno de los centros de almacenamiento y reciclaje que hay en el barrio.

preponderante del tema económico a la hora de la preocupación y legislación de políticas públicas, por la conservación urbanística de los lugares, nos hablan de una intención directa de apropiarse, pero también de no apropiarse determinados espacios: de cuáles son los espacios que deben estar “arreglados”, cuáles son los “de mostrar” y cuáles no representan prácticamente ningún interés a la hora del mantenimiento urbanístico de determinados espacios de la ciudad⁹. Esta situación también se evidencia en la construcción del mapa del espacio del barrio, en el cuadrante conformado por las carreras 15 y 17 y las calles 22 y 19 (foto 2): este espacio se encuentra en blanco, precisamente porque en este espacio solo hay unidades de vivienda domesticas, pocos negocios en el interior del cuadrante, con diferencia de sus bordes que se encuentran plagados de actividad comercial (talleres en la carrera 17 y prostíbulos de travestis en la carrera 15 y calle 19); las calles en este espacio del barrio también están mayoritariamente despavimentadas o con enormes huecos, que se nota que no han sido reparados en varios años, no hay mayor movimiento de vehículos de transporte público ni tiendas donde comprar artículos (de prácticamente ningún tipo).

El mapa también nos muestra un espacio en blanco (pero también “rojo”) en la zona llamada “el corazón de la Zona de Tolerancia” (foto 3). Este problema metodológico ha ocurrido por lo difícil que es registrar los espacios y sus funcionalidades dentro de esta zona; no es muy normal que pase una persona mirando hacia las casas y anotando (o tratando de memorizar) las diferentes actividades que tienen lugar en ese sector (cuáles lugares son prostíbulos, cuáles reservados –mote-

9 También dentro de esta crítica al urbanismo moderno (que no solo tiene acciones para la capital colombiana, sino que también se repite en otras capitales del mundo y en otras ciudades de Colombia, como Cali, por ejemplo, y los proyectos de “Megaobras” adelantados por el actual alcalde de esa ciudad, Jorge Iván Ospina) es importante pensar en el bloqueo marginal del barrio, encerrado en medio de los proyectos de renovación/modernización urbanística vinculados al sistema de transporte Transmilenio y las remodelaciones y adecuaciones para su uso, primero en la Avenida Caracas y ahora en la Calle 26, vías que, de alguna manera, delimitan los bordes del barrio.

les dentro del perímetro urbano—, cuáles son tiendas o restaurantes) y, además, las trabajadoras sexuales están prestas a identificar quiénes las miran, para así incitarlos a comprar sus servicios; ocurre lo mismo con la carrera 15 que es toda la calle de los lugares de los travestis, mientras que “el corazón de la Zona” está ocupado por prostitutas mujeres. La clandestinidad de las personas que visitan estos lugares o que trabajan en ellos también es un elemento importante a la hora de interpretar el por qué de estos vacíos.

La prostitución y la legalización del barrio como “Zona de Tolerancia”, dicen los habitantes del barrio según uno de los autores consultados en la revisión bibliográfica realizada para la escritura de este trabajo, es la causante, básicamente, de la desgracia del barrio: “para los residentes del barrio, la prostitución, concebida como epidemia con agencia propia, se metió y acabó con el barrio y los intentos por regular y legalizar las actividades relacionadas con el lenocinio han acelerado la degradación progresiva de su entorno”. (Salcedo, 2010: 7); además, “los residentes consideran que los que se deben ir son los y las trabajadores permanentes y no ellos. Los residentes y las residentes argumentan que están allí desde mucho antes. Incluso muchas de sus casas las poseen como herencias de padres o abuelos, lo que genera un sentido de pertenencia muy fuerte considerando a los que trabajan en la zona como invasores que lo han dañado todo”. (Salcedo, 2010: 8). Esto, de alguna manera, se relaciona directamente con algunas de las pesquisas encontradas en mi trabajo de campo, especialmente en la entrevista con Humberto, uno de los pocos travestis que se ven en el barrio que no ejerce el oficio de la prostitución (es peluquero):

Mateo: ¿Y qué tanto ha cambiado el barrio desde la primera vez que tú llegaste aquí?

Humberto: Ha cambiado en un ciento por ciento.

Mateo: ¿Por qué?

Humberto: Por la prostitución: se ha aumentado mucho la prostitución. Por lo que esta zona de acá (señala el corazón de la zona de tolerancia) es zona de tolerancia...entonces desde que nombraron la “Zona de tolerancia” se ha decaído mucho el barrio. Porque detrás de la

prostituta viene el ladrón, viene el delincuente, viene la droga... desde que acabaron la Calle del Cartucho se ha aumentado mucho el raterismo, los desechables... los habitantes de la calle” (Entrevista Humberto)

Las prostitutas efectivamente parecen cargar con la cruz de traer un lastre de problemas detrás de ellas¹⁰. Sin embargo, en la realidad cotidiana del barrio no se evidencian episodios de discriminación o exclusión de estas personas por su oficio, al menos en su relación con las personas de los locales. Varios dueños y dueñas de locales como restaurantes y cigarrerías conocen a las prostitutas y se saludan, conversan de cosas que los vecinos podrían comentar y también se ríen, hacen chistes. Como en la realidad las cosas no son “blanco o negro”, se encuentran todo tipo de matices en las relaciones de las personas con quienes ejercen este oficio, dependiendo del rol social que ocupen (por ejemplo, vendedores de bienes en locales o niños o ancianos). Humberto es el único personaje, de los entrevistados, con una posición tan radical frente a las prostitutas como leitmotiv de la decadencia del barrio:

Yo me atrevería a asegurar que el 50% de la decadencia del barrio es porque aquí vienen toda esa plaga, toda esa gente que se hace...ahora como la moda es “yo soy damnificado, yo soy desplazado”, y entonces es toda esta gente la que se viene, porque esto es un barrio, pues, popular (...) toda esta gente, principalmente los negros y los costeños que son una plaga (...), estos vienen a fomentar el terror, a desacreditar (sic) el barrio, porque aquí vienen y se meten y... usted le alquila una habitación a un asqueroso negro y resultan veinte ahí, viviendo como ratones...y como toda esa gente es tan deshonesto, entonces eso ayuda a la decadencia del barrio (Entrevista Humberto).¹¹

- 10 Estas personas, transgreden los órdenes sociales cristianos de la privacidad: pudor, recato, ocultamiento del cuerpo, represión de la sensualidad corporal y del lenguaje, entre otros. Su presencia en el espacio público es, aún dentro del contexto particular del barrio, perturbadora. Humberto declara que en las calles del barrio, después de la declaración de Zona de Tolerancia, “ahora las indias vagabundas salen en pelota, desnudas”.
- 11 En este párrafo podemos ver que, probablemente el problema de Humberto no es directamente con las prostitutas, sino con los “negros y costeños” que vinieron detrás de ellas. Es evidente la alta población de migrantes costeños (en su ma-

Las entrevistas muestran también que el lugar del barrio por el que los habitantes entrevistados no quieren pasar, no les gusta pasar, es el “corazón de la Zona de Tolerancia”, donde se aglomeran la gran mayoría de prostíbulos y whiskerías de rumba de la zona (incluidas la famosa “La piscina”, y otros como “Manizalita” y “La esquina del deseo”. Al otro lado de la calle 22, se evita la carrera 15 que es el “callejón” de los establecimientos de travestis (“Shangay”, “El bejuco de Tarzan”, entre otros). De todas maneras hay variaciones en los testimonios, también teniendo en cuenta que la diferenciación de la experiencia de enfrentarse frente a estas realidades, de acuerdo a si es un adulto o un niño o una mujer.

Humberto: Pues por ejemplo la 24, la 23...nada ni de aquí para allá, ni de allá para acá (referenciando el eje de la calle 22). La 23, la 24, la 25, la 21, 20 y la 19, eso no, porque todo eso son... prostíbulos.

Mateo: Entonces tú ¿cómo haces para salir del barrio cuando necesitas salir?

Humberto: Pues, la verdad, cuando yo salgo, yo llamo taxi puerta a puerta...” (Entrevista Humberto).

Tanto yo no, pero no me gustaría que mis niños estén por la parte, por el corazón de la Zona de Tolerancia (Entrevista Manuela).

Sí... pues yo trato de no...no bien, pues no pasar por allá para que no vean nada de eso (hablando de si le gusta que sus hijos pasen por el corazón de la Zona de Tolerancia, en voz baja y rápida, luego risas discretas) (Entrevista Sandra).

En el 2006, a raíz de diversas protestas por parte de los habitantes del Santa Fe frente al considerable aumento de la prostitución y la “decadencia” del barrio, la Alcaldía de Los Mártires crea un documento llamado “El pacto” donde se propende por la tolerancia y una sana convivencia entre los habitantes de este espacio, resumido en cinco puntos, ciertamente, enormemente abstractos: libertad, justicia social, partici-

yoría de la costa Atlántica colombiana), en algunos casos, como dice Humberto, desplazados, que viven en el barrio. Varios de ellos trabajan en los puestos “ambulantes” de comida que hay en diferentes andenes del barrio y también hay tres pescaderías/cevicherías en la zona estudiada, propiedad de personajes costeños.

pación ciudadana, igualdad, buena fe. (Salcedo, 2010). Este documento define cada uno de estos cinco puntos y los firmantes (representantes de la Junta de Acción Comunal del barrio, de grupos de las prostitutas, de asociaciones de comerciantes del barrio) se comprometían a respetarse y a tolerarse. En este sentido, parece haber un pacto implícito entre los delincuentes del barrio (o las personas que en algún momento caen en actos delictivos, infringen la ley) y los habitantes del barrio, para que estos últimos no sean robados/violentados, situación que también documenta Salcedo (2010) y que se comprueba con la experiencia propia de no haber sido atacado en los casi dos años que llevo viviendo acá, así como con algunas palabras de Manuela: “yo pensaba “eso me van a atracar, quién sabe qué me van a hacer (...) Y fijate que en todo el tiempo que yo llevo acá, nunca me ha pasado nada, gracias a Dios, ni a ninguno de mi familia, ni nada. Yo debo a eso, veo que de pronto porque ya lo conocen a uno (...) tú ves que los ladrones de acá no se meten con la gente de acá. Es más, yo pienso que ni siquiera roban acá, dentro del barrio. Ellos van a robar a otros sitios, si a nosotros acá nos roban no es gente del barrio”.¹²

Sin embargo, la realidad de la calle en el barrio es que hay que sobrevivir bajo las leyes de la calle, aplicables, creo, a cualquier espacio público de cualquier ciudad del país, reglas, además, conocidas por el común de la gente. Salcedo (2010) identifica principalmente dos: “no dar papaya”¹³ y la ley del silencio (también conocida como “coma callado”, no decir más de lo que uno debe decir; así sepa cosas, algunas no se deben decir), pero también aplican otras como “el más grande me pega” (que

12 Además la gente del barrio no parece estar muy dispuesta a dejarse robar fácilmente. Hace pocos días, un ladrón intento “chalequearle” el celular a una prostituta y ella al darse cuenta salió detrás de él a perseguirlo, gritándole: “!a robar a tu puta madre, pirobo!”.

13 “No dar papaya emerge como regulación social informal atravesado por las fabulaciones y los rumores sobre la peligrosidad y el carácter contaminante de los otros, obligando a usuarios, residentes y trabajadores a desplegar complejas habilidades performativas de protección”. (Salcedo, 2010: 131).

aplica tanto para adultos como para los niños), “el que la hace la paga¹⁴”, “el vivo vive del bobo¹⁵”. La performatividad del espacio social del barrio, “aparentar”, tener la actitud para andar en la calle, aprender las técnicas corporales y de movimiento necesarias para defenderse y no ser víctima del crimen son, al parecer, claves para sobrevivir a la realidad de la calle del Santa Fe. También el hecho de las personas caminar rápido, no mirar a los ojos a las personas “sospechosas” (que pueden ser indigentes, ladrones, prostitutas o travestis), es un intento de evitar la profanación de la divinidad moderna, el “yo”: si vos me mirás mal, estás entrando en mi territorio sagrado. Esto también nos habla de la cultura machista que impera en la mentalidad de la mayoría de la población (tanto femenina como mas-

- 14 Situaciones verdaderamente escalofrantes se viven, no cotidianamente pero sí con cierta recurrencia en el barrio, pero que no son al azar, sino muy probablemente retaliaciones por problemas anteriores de los involucrados en los conflictos físicos y verbales que se han documentado por observación personal y por referencia de otros habitantes del barrio: “Yo me acuerdo una vez empezando el año, el 2010 era el primero de enero del 2010, algo así como las 12 y diez minutos del primero de enero y pasó un cucho así, como la calle, y venían unos pelados, peladitos, ahí persiguiéndolo y empezaron a cascarlo y que ¡tran! La bulla, algarabía, patadas, puños y de repente una nenita que estaba ahí, de gorra pero una nenita, se le fue al cucho, guevón, y le pegó, no sé, como unos seis puntazos en la espalda, marica. Y el cucho como ¡aaahh!, se paró y como ahí como que se paró, pateó y se soltó y por ahí se fue, guevón, gritándoles. Yo no sé con qué pulmones les gritaba, marica () por ahí debió haber quedado tirado ese cucho, por ahí a las dos cuerdas arriba debió haber quedado tirado fijo con todos esos vainazos en la espalda” (Entrevista Efraín).
- 15 En el trabajo con los niños que he venido realizando durante todo el semestre, tema que será mayormente desarrollado en el apartado dedicado a la experiencia de la niñez del barrio, han ocurrido situaciones que sustentan esta máxima. En una ocasión, estábamos haciendo un mosaico en el parque de la carrera 17 con calle 22 y unos niños (de los más pequeños, alrededor de seis años) se encontraron unos documentos que estaban tirados en el parque (muy probablemente habían robado la billetera a varias personas y los rateros botaron los documentos ahí). Después, una niña más grande (de alrededor de diez años) me pidió el celular y unos minutos después me contó que era para llamar a los dueños de los documentos y que les había pedido diez mil pesos como recompensa por devolvérselos. En ese momento me los mostró; los tenía escondidos dentro de su lycra rosada. Yo le dije que eso se llamaba extorsión; ella me dijo que “todo bien”, que ella me daba la mitad de la recompensa.

culina) de nuestro país y de igual manera se relaciona con la idea antes expresada de “el grande me pega”.

El cuadro de la ilegalidad cotidiana del barrio se completa con el ámbito de la venta y consumo de sustancias psicoactivas: “La marihuana... sí, eso uno sale y siente el olor. Además que uno sabe que hay varias casas que venden como si nada, como Pedro por su casa” (Entrevista Sandra). Como ya se mencionó anteriormente, el consumo de esta droga (pero también de coca y bazuco) en la calle es bastante normalizado. De igual modo, algunas prostitutas y personas que se encuentran paradas a lo largo de las carreras que cruzan la calle 22 y sus calles paralelas y carreras perpendiculares venden drogas, aunque las “ollas” (lugares de expendio de estas sustancias) grandes se ubican en su mayoría después de la calle 19 (hacia el sur), en el barrio de invasión recientemente legalizado “La Favorita”:

O sea, ¿cuánta droga vende ahí en esa cuadra?... ¿Cuántas ollas hay ahí en esa cuadra? Nada más toda esa cuadra es como toda una sola olla, ¿si ha pillado? (Se refiere a una cuadra antes de la calle 19-hacia al sur, -debajo de la Caracas). Todas esas casas, esas casas son casas de invasión, pues es lo que yo creo, porque cuando llega “la tomba” ¿qué hacen? Echar ladrillo ahí en las puertas y las ventanas para que no se metan. Ahí no pagan arriendo, eso son casas que se tomaron (...) pero en este momento, esas casas sí tienen un dueño. O sea, esa gente puede que no pague arriendo ni nada, pero es lo que le digo... llegan los “tombos” a una casa y taponan todo con ladrillo y cemento y a la vuelta de la esquina abren una olla al día siguiente, ¿si me entiende? (Entrevista Efraín).

Estas casas están abandonadas, al menos por sus propietarios originales, muy probablemente por las causas expuestas en la breve reseña histórico-espacial del barrio, esbozada líneas atrás. Estas casas, así sus dueños no quieran vivir ahí, tampoco pueden ser vendidas a otros, pues nadie va a querer vivir en medio de un ambiente deteriorado como el de esta cuadra, dedicada casi en su totalidad a la venta de drogas; en algunas “ollas” hay organizados sistemas de vigilancia y aviso a través de walkie-talkies, y en otros, una evidente complicidad de la policía, que se hace “la de la vista gorda”, en determinadas ocasiones y con determinadas personas. Así mismo, se registran otros casos de “invasiones” de propiedades

desocupadas en algunas casas a lo largo de la calle 22, donde se han aumentado pisos con tejas de zinc y tablas de madera como paredes.

Otras vivencias del espacio público: los chicos y las chicas del barrio

La experiencia de trabajar como voluntario¹⁶ en el programa “Patos al agua”, perteneciente a la Fundación “Rescate” y orientado hacia la recreación de niños y niñas habitantes del barrio los días sábado en la mañana, ha sido enormemente enriquecedora, en la medida en que me ha permitido conocer cómo viven la cotidianidad del barrio los niños y niñas que viven en él; voces que, por lo general, son poco tenidas en cuenta a la hora de describir/caracterizar determinadas relaciones sociales-hechos sociales. Además de esto, también es una oportunidad interesante de poder crear alternativas de actividades y espacios que se salgan de la cotidianidad que viven los niños (así los chicos quieren todo el tiempo jugar fútbol), presentando talleres de títeres, murales, dibujos a partir de cuentos, tarjetas con diferentes técnicas de pintura, entre otras acciones. De igual manera también es una posibilidad de intervenir los espacios públicos del barrio, haciendo murales y mosaicos en paredes, en el piso, mostrando a las demás personas del barrio que se pueden hacer actividades colectivas en estos espacios¹⁷.

16 Todos los voluntarios son jóvenes, la mayoría hombres (apenas dos mujeres frente a siete hombres), pero el único de los voluntarios que vive en el barrio soy yo, así que los chicos se divierten mucho encontrándose al “profe Mateo” comprando el chocolate para la comida o los huevos del desayuno. Por otro lado, los voluntarios damos una cuota, valga la redundancia, “voluntaria”, para comprar un refrigerio para los chicos y chicas que asisten al taller (que generalmente consiste en leche y panes). El refrigerio es importantísimo en el taller: la comida funciona como garante (o al menos como “mejoradora”) de la comunicación con los chicos; si no hay refrigerio los chicos se molestan, no se concentran, están todo el tiempo pendientes y preguntando de cuándo va a ser el momento del “desayuno”. Muchos van al taller sin desayunar, esperando al refrigerio.

17 Sobre esto también es importante decir que, a pesar de los esfuerzos por intervenir espacios públicos, como por ejemplo con la construcción de un mosaico

Son alrededor de veinte a veinticinco chicos y chicas que asisten cada sábado al taller, la gran mayoría de manera regular y la mayoría de ellos no tienen más de diez años. Varios van con sus hermanitos menores y son responsables de cuidar por ellos y sus cosas; además que la mayoría no tienen unas familias de tipo “tradicionales” (nucleares, papá-mamá-hijos, sino que algunos son hijos de la misma madre pero de diferente padre y otros dicen que “mi papá no existe”¹⁸. Les gusta el rap y reggaetón, algunos se visten con gorras y chaquetas propias del “outfit” de artistas famosos reggaetoneros y otros se representan a sí mismos en dibujos con imágenes relacionadas con estos estilos musicales¹⁹.

Chicos y chicas se tienen que enfrentar, cotidianamente, a la realidad del barrio. Como ya se mencionó anteriormente, se ven recurrentemente grupos de chicos andando sin adultos por las calles, creciendo también en la calle, pues en muchos casos sus madres (también padres travestis) trabajan hasta altas horas de la noche y duermen durante el día. Es interesante, por ejemplo, la relación de los niños y niñas con la ilegalidad y en particular con el consumo de drogas psicoactivas en los espacios públicos del barrio. Muchos de los chicos más grandes (alrededor de los diez años) que asisten al taller reconocen el olor de la mari-

en el parque de la carrera 17 con calle 22, el ambiente del barrio tiene una fuerza muy grande, que se “come” estos pequeños intentos; el mosaico que realizamos en el parque el día sábado por la mañana con pequeñas baldosas, el día domingo por la tarde ya había sido despegado, probablemente por indigentes (“chirris”) para revender los pedazos de baldosa o para mezclarlos con el “susto” (bazuco)

- 18 Igualmente se reportan casos de señoras que cuidan a hijos de varias mujeres que llegan al taller a llevar a los chicos juntos, probablemente mientras las madres de ellos trabajan o descansan de la noche de trabajo.
- 19 Carlos, uno de los chicos asistentes al taller, uno de los días, en un ejercicio que inicialmente se planteaba en que a partir de la lectura de un cuento corto cada niño dibujara la versión del cuento, y que terminó siendo una sesión de dibujo libre por parte de los niños que querían dibujar, dibujo a un niño (¿él mismo?) con una gorra grande (como de rapero/reggaetonero) y una cadena en el cuello (como de rapero/reggaetonero), sosteniendo en una mano una cruz católica (¿“bling bling” o catecismo?) y en la otra una pistola.

huana cuando se está quemando en un “bareto”; María José (una chica de once años que asiste al taller) dice, al pasar un hombre fumándose un porro frente a nosotros, “!uy, pero se la va fumando biche”. Para el caso de la cocaína (“perico”), la historia que cuenta Leonardo (otro chico del taller de más o menos nueve años) es fascinante: me cuenta que vio a “una de las que estaba paradas en la esquina” (“¿Cuáles? ¿Las putas?” le pregunto y me responde asintiendo) que sacaba una bolsa llena de un polvo blanco del bolsillo y con una “patecabra” (navaja usada comúnmente para atracos –pero que también podría ser para defenderse–) sacó un poquito y se lo olió por la nariz, pero era “muy peligroso, porque ella no podía tocar ese polvito con los dedos, porque si lo tocaba o le tocaba la piel, el polvo la quemaba”; aunque Leonardo no tiene ni idea que ese “polvito” es cocaína, ni de los efectos que tiene sobre el cuerpo humano (aunque sí reconoce claramente qué es una “patecabra”), la historia es hermosa y a la vez desgarradora frente a cómo los chicos entienden las realidades que ven en las calles por las que transitan diariamente, cómo la realidad se entrecruza con la imaginación inherente a la etapa de la niñez, pero también cómo desde pequeños están enfrentados al mundo “real”, a la violencia visual del barrio, a la cotidianidad de la vida en la “Zona de Tolerancia”.

“Los residentes del sector temen que sus hijos e hijas se incorporen a las prácticas ilegales e inmorales de la zona: que las niñas se conviertan en prostitutas y que los niños entren en el mundo del ‘hampa y del consumo de drogas’. Es el miedo a que sus hijos o hijas se “tuerzan”, que se contaminen de las antípodas urbanas y no sigan las trayectorias de la ‘gente de bien’”. (Salcedo, 2010: 133). Esto también se hace evidente en los apartes de las entrevistas de Sandra y Manuela²⁰ presentados anteriormente donde dejan claro que, aunque ellas tengan que pasar por el “corazón de la zona de tolerancia”, desearían que sus hijos no tuvieran que presenciar las imágenes que se ven en esta zona del barrio, probablemente en la idea de que no vean para que no imiten las cosas que ven.

20 Habría que indagar qué piensan de los niños y niñas del barrio y su relación con el espacio público, las mujeres que ejercen el oficio de la prostitución.

Además Manuela también comenta esta situación, pero en relación con la indigencia y el consumo de drogas en espacios públicos, en especial de los dos parques del barrio, lugares en los que se encuentran algunos juegos infantiles y canchas de fútbol y baloncesto: “Yo los llevo (a los niños) al Parque Nacional y al Renacimiento. A los de acá no los llevo y te voy a explicar por qué. (...) ¿Cómo yo le explico a mi hijo que llegó un muchacho a fumar y yo qué le digo? Y otra cosa clave ahí es que ahí mantienen muchos indigentes”.

Maria Teresa Salcedo, en su artículo sobre los imaginarios de los espacios urbanos en Bogotá, plantea para el caso de migrantes a la capital, procesos de imitación y amoldamientos que se ingenian estos personajes para apropiarse del espacio extraño para ellos (la ciudad, Bogotá), enfrentarse a sus nuevas realidades: “La capacidad para entender y representar este lenguaje de prácticas y onomatopoesis nos es dada no por el ímpetu exclusivo de sobrevivir a los cambios a los que nos enfrenta lo urbano, sino por el de “transformarnos y comportarnos en y como los demás” para así entender qué es y cómo compartimos ese lenguaje comprometido sensualmente con la producción de una “segunda naturaleza” urbana, una calidad táctil que nos permite explorar diferencias mediante la imitación y la percepción de la imitación en otros cuerpos: se trata de una imitación de técnicas y disposiciones corporales que se llevan a cabo para habituar o familiarizarse con los espacios urbanos y, al mismo tiempo, para producir formas de uniformidad que representan expresiones de complacencia o rechazo con respecto a las crisis y a los cambios”. (Salcedo, 2003: 43-44). Esto, a mi modo de verlo, puede también pensarse como una manera de cómo los niños aprender a enfrentarse al mundo, bajo acciones de imitación-repetición de lo que ven en su contexto social cotidiano y de los adultos que aparecen como sus figuras –“modelos a seguir”–; la historia de Carlos y su dibujo y también la de los documentos y la chica que pedía recompensas por ellos, en un modelo inocente de extorsión telefónica (pero también el hecho de que en el taller los chicos tiren constantemente la basura a la calle), nos enfrentan a preguntarnos ¿cuáles son entonces las expectativas de vidas futuras de estos chicos y chicas?, ¿cuáles son las realidades que se viven en sus casas? Finalmente, cómo se construye, desde la infancia misma, la

personalidad y el carácter de las personas para enfrentarse ante la calle, ante el mundo, ante la vida real-normal de la gran mayoría de la población de este país.

Esto también se puede constatar en el juego la violencia, situación/imagen bastante común registrada en el trabajo etnográfico tanto en los espacios públicos del barrio como en la experiencia en el taller con los niños: tanto niños como adultos, “juegan” constantemente a performatizar actos violentos. Por ejemplo, los hombres adultos, sacan sus navajas y riéndose, “juegan” a amenazar a otro (que es “amigo” de él, está en el mismo “parche”), a “chuzarlo”; los niños en la calle se ven constantemente “jugando” a dispararse haciendo pistola con los dedos o con un plátano o con palos de madera, apuntan en sus miras imaginarias y disparan, también juegan a “ganarle al otro”, a ver quién tiene más fuerza para coger al otro y no dejarlo mover (otra vez “el más grande me pega”). En una ocasión, uno de los niños (de alrededor de cinco años) llegó al taller con un golpe en la cara y su hermano mayor dijo que había sido “el papá”; en otro caso, al haberse perdido un saco del hermanito menor (de unos cinco años) de uno de los chicos del taller (de alrededor de nueve años), éste, muy preocupado porque apareciera la prenda me dijo “no ve que si se pierde algo, a mí es el que me cascan”. Esto también se sustenta con apartes de una de las entrevistas realizadas:

Y hay mucho maltrato (lo dice categóricamente, muy seria),... porque uno ve en la calle a veces niños como golpeados, como con miedo... que las mamás llegan borrachas... y viven con ellos ahí en hoteles, donde también trabajan...” (Entrevista Sandra).²¹

21 Adicionalmente a esto, en el trato y la relación que he establecido con chicos y chicas del taller, para mí, es evidente la falta de afecto que tienen la mayoría de estos niños. Mi hermana, que va a cumplir diez años próximamente, no se deja abrazar o conversa con cualquier extraño que se le aparezca y le diga que es su profesor; estos chicos y chicas inmediatamente me conocieron, ya estaban queriendo abrazarme, que los cargara, que les hiciera cosquillas.

Conclusiones preliminares

La intención inicial de este trabajo era caracterizar la construcción social del espacio público por parte de los habitantes del barrio Santa Fe, en un intento por probar si los estereotipos que se han construido sobre el barrio son más infundados que realidades concretas, a partir de la observación sistemática de este tipo de espacios en el barrio y de lo que la gente dice sobre sí mismos y sobre su experiencia como habitantes del barrio. La idea de incluir, tanto las versiones de los adultos como también la experiencia en el trabajo con los niños del barrio, estuvo pensada como una alternativa para presentar diferentes visiones de la realidad del espacio público del Santa Fe y de cómo en la realidad del barrio se presentan diferentes matices frente a situaciones concretas, dependiendo de las características socio-culturales específicas de las personas (género, tipo de trabajo, edad, etc).

La realidad que mostró el trabajo etnográfico, junto con las entrevistas y la metodología del mapa de observación y análisis del espacio del barrio fue verdaderamente cruda y no tan esperanzadora como se pretendía en algún momento del inicio del proyecto de investigación, en medio del recurrente idealismo hippie de la gran mayoría de los estudiantes de antropología. El barrio Santa Fe y su espacio público son escenarios de violencia, de ilegalidad, de marginalidad. Es como si hubieran concentrado en estas cuantas manzanas todo lo que Bogotá no quiere ser, lo que le produce miedo y asco, lo que no se permite ser en su intento de ser una ciudad moderna, “civilizada”; el tabú, el erotismo, la desnudez, el ruido, la suciedad, son elementos parte de la vida cotidiana de este barrio y de sus calles, que solo pueden expresarse sin pudores en estos espacios legalmente autorizados y constituidos. Estas realidades, que los demás no quieren vivir/no quieren ver (no quieren aceptar) son “toleradas” en el Santa Fe, son materializadas en este espacio.

La permisividad, con las drogas y con la prostitución, es normalizada en las calles del barrio, incluso por las entidades que están para controlar y castigar las infracciones en los comportamientos propios

–“ejemplares”– de los ciudadanos (como la policía). En un barrio donde en la tienda en que se vende abarrotes también se vende “cueros” (papeles para armar los “baretos”), cabe preguntarse, ¿realmente hasta dónde la permisividad legalizada no incide en la vulneración de las libertades y creencias de otros (como los habitantes de mayor edad del barrio, que han vivido en el barrio durante casi toda su vida, como Humberto)? De acuerdo a los datos recogidos, la mayoría de los entrevistados manifestaron su reticencia a caminar (o a que sus hijos caminen) por el “corazón de la zona de tolerancia”, lugar del barrio con probablemente el mayor impacto visual en cuanto a cuestiones como la desnudez, la presencia de personas en estado de embriaguez o bajo los efectos de sustancias psicoactivas, entre otras.

También se hace evidente que los espacios que no están cercanos a las vías de transporte y movilidad vehicular masiva principales (como la Caracas, la 19 o la calle 22) o al “corazón de la zona de tolerancia” se encuentran mayormente deteriorados y abandonados en cuanto a mantenimiento de la malla vial y conservación y limpieza de andenes y fachadas. Esto, como se insinuó previamente, está relacionado con una serie de políticas públicas que propenden por la renovación urbana y la modernización de la ciudad, pero sólo en sus partes visibles, en las que van a salir en las postales para promocionar el turismo en la ciudad alrededor del mundo; los interiores de los barrios (como el Santa Fe) son olvidados, invisibilizados, pues no sirven a las lógicas de mercado, no importan²².

22 Los proyectos de renovación urbana, como se mencionó anteriormente, también están actuando en otras ciudades del país. En Cali, con la introducción del sistema de transporte masivo MIO (Masivo Integrado de Occidente), amarrado junto a los planes de “Megaobras” de la actual alcaldía, se ha puesto en marcha un ambicioso proyecto de “recuperación” del centro de la ciudad, en el cual se piensa demoler un barrio completo, El Calvario, conocido por sus bodegas de reciclaje y altos niveles de indigencia y deterioro físico, para construir oficinas de la fiscalía y edificios de carácter comercial (experiencia que se puede relacionar con el proceso de El Cartucho en Bogotá, analizado en Salcedo 2010). El trabajo de grado de antropología para la Universidad Icesi de Cali de Lorena Marín (2011),

Todas estas situaciones se entrelazan y relacionan en los imaginario de los habitantes de Bogotá que no viven en el barrio, pero también sustentadas y legitimadas en la pragmática de la legislación de políticas públicas, articulando, casi que en una relación causal, los conceptos de inseguridad-violencia-prostitución-drogas-deterioro urbanístico; la construcción casi demoniaca de la alteridad urbana, del otro ciudadano, una “otredad perversa y criminal” como la llama Salcedo (2010), el cual se encuentra ubicado en el centro, en la calle, en la liminalidad. Por su parte, para los habitantes del barrio, estas relaciones causales son las que impiden progresar al barrio en sí mismo. El espacio del barrio Santa Fe se construye prácticamente como el patio trasero del centro histórico de Bogotá, centro que sí es de mostrar, donde la regulación de los comportamientos prohibidos está más acentuada, en la medida en que es una zona turística; el Santa Fe es el centro perverso, oscuro, no deseable, el hogar de monstruos urbanos, de otros desconocidos a los que tememos.

Finalmente, la experiencia con los niños y la necesidad de incluirlos en este trabajo es vista como una oportunidad para interceder en la oscura realidad que presenta el barrio. En la idea de que los sujetos se construyen desde niños en su capacidad y maneras de enfrentarse al mundo se trata de mostrar otros caminos posibles, otras formas de actuar y responder ante las situaciones de la vida que, en ocasiones, como en la de este barrio, se presentan de una manera cruda y sin restricciones. La posibilidad que presentan los niños como personajes un poco menos sujetos a las normas sociales, en su manera de caminar despreocupadamente por las calles del barrio o de acomodar y relatar las historias de la calle, en sus propios términos, también son ventanas interesantes para pensar en formas diferentes de contar discursos contra-hegemónicos sobre la realidad y la apropiación del espacio en el barrio. Las voces de la niñez hablan muy fuerte en este barrio, así los adultos (tanto del barrio, como los de afuera) no se preocupen mucho por oírlas o hacer eco de las mismas; la labor antropológica, al menos como yo la veo, es tratar de

trata este tema de renovación urbana en el contexto caleño, como una crítica frente al proyecto “Ciudad Paraíso”, impulsado por la alcaldía de la ciudad.

evidenciar y poner a dialogar esos discursos que son poco visibilizados, recuperar lo valioso de ellos, construir a partir de la diferencia, de la posibilidad de la otredad.

Bibliografía

Delgado, Manuel

- 2003 “Naturalismo y realismo en etnografía urbana: cuestiones metodológicas para una antropología de las calles”, en Revista Colombiana de Antropología, Vol. 39, Ene-Dic 2003, Bogotá: ICANH.

Salcedo, Andrés

- 2010 “Caras y contracaras de la ilegalidad en la ciudad de Bogotá”, en Revista Tempo Social, Sao Paulo: Ed. USP.

Salcedo, María Teresa

- 2003 “Fisionomías de lo público y lo privado en Bogotá: identidad y percepción en espacios urbanos”, en Revista Colombiana de Antropología, Vol. 39, Ene-Dic 2003, Bogotá: ICANH.